

## ¿QUÉ HACER CON EL DINERO?\*

**Martín Hopenhayn**

Vivimos un tiempo —y un mundo— en que la mayor parte de los intercambios entre personas, sean de objetos o de servicios, se hacen mediante dinero. ¿De qué maneras esta particularidad histórica determina nuestro modo de ver, nuestra conexión con los objetos y las personas, nuestra visión del tiempo? A esa indagación se consagran las páginas que siguen. Pero también buscan contextualizar esa pregunta en la historia del concepto del dinero: cómo este ha sido pensado y definido, de qué manera hemos transferido al dinero nuestro poder de dotar la vida de sentido, en qué formas hemos fetichizado el dinero imprimiéndole un rango de segunda naturaleza, y cómo el dinero y su uso difundido han calado en zonas de nuestra subjetividad y sociabilidad. En este recorrido, el artículo parte de una premisa sencilla: el dinero es el único producto social que en sí mismo no es nada, pero por su racionalidad para el intercambio

---

MARTÍN HOPENHAYN. Realizó estudios de filosofía en Buenos Aires y Santiago de Chile y, posteriormente, en París. Investigador de ILPES y CEPAL. Autor de numerosos artículos y ensayos, *Repensar el Trabajo* (Ed. Norma, 2001) y *Crítica de la Razón Irónica* (Editorial Sudamericana, 2001) y de los libros *¿Por qué Kafka?* (Editorial Paidós, 1983), *Ni Apocalípticos ni Integrados* (Fondo de Cultura Económica, 1994), *Después del Nihilismo (de Nietzsche a Foucault)* (Ed. Andrés Bello, 1997).

\* Texto de la exposición del autor en el marco del ciclo organizado por el Centro de Estudios Públicos, “Preguntas Éticas Actuales”, el 22 de agosto de 2000.

contiene en sí todos los bienes y servicios existentes y potenciales. Y desde esa premisa interroga sobre cómo nos afectan fenómenos propios de la actual globalización centrada en el dinero, como son el capitalismo financiero, el boom del crédito del consumo y la expansión del dinero virtual. Finalmente, el artículo concluye con algunas recomendaciones ético-prácticas para relacionarse con el dinero sin someterse a su mecánica tanto expansiva como centrípeta.

Nosotros hemos creado el dinero y nosotros reproducimos, extendemos y consagramos su uso día a día. ¿De qué modo determina nuestro modo de ver, nuestra conexión con los objetos y las personas, nuestra visión del tiempo? Aquí se intenta plantear la pregunta por el sentido del dinero, vale decir, por aquello que el uso generalizado del dinero modifica en la existencia humana como tal. Pero también se busca contextualizar esa pregunta en la historia del concepto del dinero: cómo éste ha sido pensado y definido.

### **1. Definiciones y funciones del dinero: en busca de un fundamento**

Tratándose del dinero, es difícil encontrar en el pensamiento económico una definición que no se reduzca a sus funciones. Ya Platón definía el dinero, en un pasaje de su *República*, por su función de facilitar el cambio, y pocos años después Aristóteles entendía por dinero un signo destinado a servir de común medida para los objetos del intercambio y para agilizar dicho intercambio. En la Edad Media primó la definición de dinero como medida de los valores, y en el siglo XIV Nicolás Oresme concebía el dinero en tanto intermediario de los cambios (instrumento, común medida, “tercera mercancía”). En el siglo XVII William Petty escribe, en su *Ensayo de Aritmética Política*, que “la moneda no es más que la grasa del cuerpo político”, mientras un siglo antes Hobbes, recurriendo también a la metáfora organicista, veía en el dinero la función irrigadora que la sangre cumple en los organismos vivos. Pero no sólo los pensadores liberales concebían el dinero en base a sus funciones. En el siglo XIX Simone de Sismondi nos dice del dinero que “realiza simultáneamente diversas funciones: es el signo de todos los demás valores; es su prenda y también su medida”<sup>1</sup>. Marx se refiere a la doble función del dinero, “medida de valores como encarnación

---

<sup>1</sup> Simone de Sismondi, *Economía Política* (1969), p. 153.

social del trabajo humano; patrón de precios, como un peso fijo y determinado de metal”<sup>2</sup>.

Pero no es en la consistencia de la materia-dinero ni en sus funciones económicas donde podemos hallar una definición comprehensiva. Ensayemos una entrada más fenomenológica al tema. El dinero está siempre, potencialmente, “fuera de sí”. No es pensable más que como un dinero-para: contiene en sí la permanente eventualidad de su propia negación. Nadie puede alimentarse de dinero, alojarse en el dinero, desplazarse sobre el dinero. Al respecto es elocuente el mito del Rey Midas, que por ver cumplido su deseo de verlo todo trocado en oro murió de hambre. Allí encontramos la primera afirmación de la inconsistencia del dinero: en sí mismo *no es*, carece de inmanencia, su propiedad esencial es estar condenado a volcarse fuera de sí mismo.

La pura formalidad del dinero lo priva de todo sentido *actual*, pero lo dota a la vez de sentidos potenciales inconmensurables. Podríamos definir, pues, el dinero como *el único producto social que en sí mismo no es nada, pero que potencialmente contiene en sí todos los bienes y servicios existentes, y cuyo sentido es siempre indeterminado*. Una vez determinado, el dinero desaparece: se metamorfosea en otra cosa o bien cambia de volumen. El dinero es *ninguna cosa capaz de convertirse en cualquier cosa*.

Semejante definición puede parecer tautológica, pero muchas veces lo más obvio es lo que menos se ve. Que el dinero sea “nada” es una evidencia que con mucha frecuencia ha sido socialmente olvidada en sociedades mercantiles. El caso más característico de este olvido es el de la ética mercantil del Renacimiento. Los comerciantes y banqueros del naciente capitalismo comercial hicieron del comercio una virtud y del dinero una religión profana. Los comerciantes instituyen la operación “dinero-mercancía-dinero” que presenta al dinero como principio y fin, y no como simple instrumento de las transacciones económicas. No es raro que en el siglo XVI el inglés Armstrong afirme que “vale más tener dentro del país una provisión abundante de oro y plata, que muchos comerciantes y una abundante provisión de mercaderías”<sup>3</sup>. En la misma época Bodino señalaba que “la plétora de oro y plata que constituye la riqueza de un país debe excusar en parte la carestía”, mientras Montchrestien afirmaba que “no vivimos tanto del comercio a base de mercancías en bruto como de oro y plata”<sup>4</sup>. El Rey Midas parece reencarnar en el espíritu mercantilista del siglo XVI. El ideal de la ciudad celeste de la Edad Media es sustituido por el mito del

<sup>2</sup> Carlos Marx, *El Capital* (1968), tomo I, p. 59.

<sup>3</sup> Juan Morrison Leclerc, *Evolución del Concepto del Dinero* (1950), pág. 354.

<sup>4</sup> *Ibid.*, p. 354.

dinero. No sólo se lo exalta como medio del progreso, sino también como su finalidad. Contra la advertencia de Aristóteles, dinero y riqueza se convierten en términos homologables.

La ética del capitalismo comercial nos presenta la paradoja del endiosamiento de la nada. Es allí, en los orígenes de la modernidad, donde puede situarse el “olvido social” respecto de la vaciedad fundamental del dinero y su consecuente fetichización. El dinero se convierte en relevo de la beatitud, y en una de sus cartas Cristóbal Colón dice con entusiasmo que con el oro pueden hasta “llevarse las almas al paraíso”. El endiosamiento del dinero en los albores de la cultura moderna es parte de un proceso que incluye la primacía del comercio (y de la ciudad sobre el campo). El desarrollo de una cultura y un poder laicos, la crisis del mundo feudal y de los gremios corporativos, la hegemonía de la cosmovisión del mercader-capitalista y la moralización de la ganancia. La alianza del poder político del príncipe con el poder económico del comerciante sella y garantiza este proceso que ha de transformar hasta los últimos subterfugios de la vida cotidiana de las ciudades.

En las economías primitivas, como también en gran medida en el mundo medieval, en las corporaciones de artesanos y en sociedades agrarias con escasa integración al mercado, la vida social se regulaba por la tradición, la costumbre, las relaciones de parentesco, la jerarquía de la familia o de la comunidad. El hombre habitaba un mundo de sentidos definidos, posesiones delimitadas y hábitos fijados. Su inconmensurabilidad de sentidos es transferida a una fuerza exógena (el señor feudal, el patriarca, el maestro, las normas de convivencia) que reduce esa infinitud a una serie delimitada de sentidos establecidos. Por otro lado, la religión transfiere dicha inconmensurabilidad a un *poder inconmensurable*. Así la transferencia es realizada depositando en la divinidad el ilimitado *ser y hacer*.

Muy distintas pueden ser las transferencias en sociedades mercantiles, donde las relaciones entre los hombres son antes que nada relaciones entre propietarios individuales. Nos encontramos entonces con un proceso de dos caras. Por un lado, al romperse las trabas de las costumbres y de la autoridad (social, política, religiosa, valórica), el hombre rescata para sí mismo la potencia de asignar al mundo sentidos individuales y de diversidad indeterminada. La expansión del conocimiento en la cultura del Renacimiento es en buena parte deudora de esta liberación. Cada hombre decide individualmente sobre la importancia que *para él* tienen los otros hombres, y lo hace como propietario potencial de todos los servicios que estos hombres están dispuestos a ofrecer.

Pero esa es sólo la primera cara del proceso. A la transferencia premercantil se opone una de tipo mercantil. *El hombre transfiere al dinero este potencial de sentidos indeterminados*. Esta transferencia no es en absoluto arbitraria. Es sintomático que las primeras monedas de la cultura de Occidente llevan impresas el símbolo sagrado del templo donde son acuñadas (de Atenea en Grecia, de Juno en Roma), como si allí se acuñase el paso de la transferencia “mercantil: del ser y el hacer infinito en lo divino al poseer indeterminado en el dinero.

Desde la perspectiva del humanismo y su crítica a la alienación, la transferencia-dinero supone una doble “pérdida de humanidad” del hombre. Por un lado, reduce su potencial al potencial de posesión, su conciencia intencional a la intención de poseer o adquirir, su abertura al mundo a dominio o propiedad del mundo. Por el otro lado, proyecta este potencial de posesión en un objeto socialmente producido: humaniza el dinero a la par que se deshumaniza a sí mismo. El hombre-propietario encuentra en el dinero su vínculo nodal con el mundo. A través del dinero puebla de sentidos a los objetos y a las personas que pueblan el mundo. Y al dinero como tal le otorga un sentido: el de *incommensurable potencia de apropiación*. *Reducir su potencial humano al potencial de posesión, transferirlo al dinero son la misma cosa*: está contenida aquella reducción en esta transferencia.

La transferencia-dinero supone y refuerza, pues, un mundo donde los hombres se relacionan como propietarios individuales que, además de poseer, siempre buscan *poseer más*. Tal como el dinero permite usos indeterminados, es indeterminada la cantidad de dinero susceptible de ser poseído por un individuo: siempre puede tenerse más de lo que se tiene. Por decirlo de un modo expresivo, no hay sosiego posible bajo el estigma del dinero. La indeterminación tanto en volumen como en uso del dinero convierte la transferencia-dinero en una espiral: el dinero que poseemos es el espejo que nos devuelve la imagen de nuestro rostro deformado, pero sólo podemos atinar, mientras no rompamos la transferencia, a cubrir el espejo con... ¡más dinero! Mientras carecemos de dinero sentimos que carecemos de posibilidades para realizar nuestra existencia; pero el dinero a su vez cristaliza esa misma carencia. Transferimos nuestra inconmensurabilidad existencial a una nada, nuestro ser total a un total no-ser. El dinero abre un gran hueco en nosotros que sólo puede colmarse con... ¡más dinero!

También hay un cambio muy fuerte en la percepción y uso del tiempo cuando internalizamos el uso del dinero. Si la rápida circulación del dinero es fuente de su crecimiento, cuanto más comprimimos el tiempo, más podemos ejercer a través del dinero nuestra mediación con el mundo.

Esta racionalización del tiempo no la encontramos en sociedades que no hayan consumado la transferencia-dinero<sup>5</sup>. En el mundo medieval el tiempo tiene un sentido completamente distinto. En los feudos es la naturaleza la que rige el uso del mismo, y en los monasterios el tiempo se valoriza por el desarrollo espiritual que hace posible. Pero al mercader del Renacimiento le hará falta “un calendario con fechas fijas para oponerlo allí donde no existía más que un calendario regido por fiestas movibles que difícilmente podía utilizarse en los negocios [...] la introducción del reloj que sonaba regularmente las veinticuatro horas de la jornada fue obra del comerciante [...] al imponer en todas partes el reloj que midiera un tiempo regular y fijo, el burgués de las ciudades transforma radicalmente la vida social misma, es decir, el trabajo y el reposo [...] no será ya la hora de los clérigos sino la hora laica y municipal la que guiará la actividad de todos los habitantes de la ciudad”<sup>6</sup>. La transferencia-dinero, la identificación de dinero y riqueza y la consideración de la utilidad como fin último de la vida social revolucionan el sentido del tiempo y lo incorporan a ese círculo de maximización.

Quisiera traer a colación un texto del alemán Folkert Wilken que me parece resume la crítica del fetichismo del dinero en la modernidad —crítica emprendida por anarquistas y socialistas decimonónicos, así como por comunitaristas, humanistas y ecologistas del siglo XX: “[...] el deseo de utilidad se ha convertido gradualmente en el foco central dominante de la existencia humana. En el fondo está el deseo de volverse infinito; y este deseo es, en su forma apropiada, bastante natural como fuente de todo desarrollo espiritual [...]. Lo que ocurre es que la forma auténtica de este

---

<sup>5</sup> Según Max Weber “lo decisivo de la actividad económica consiste en guiarse en todo momento por el cálculo del valor dinerario aportado y el valor dinerario obtenido al final, por primitivo que sea el modo de realizarlo. En este sentido, ha habido ‘capitalismo’ y ‘empresas capitalistas’ (incluso con relativa racionalización del cálculo del capital) en todos los países civilizados del mundo, hasta donde alcanzan nuestros conocimientos: China, India, Babilonia, Egipto, en la Antigüedad helénica, en la Edad Media y en la Moderna” (Max Weber, *La Ética Protestante y el Espíritu del Capitalismo*, 1979, p. 11). Pero cabría responder a esto que es en la sociedad mercantil moderna donde la utilidad subordina toda la vida social a su dinámica; antes hay racionalidad económica, pero subordinada a un principio que la trasciende. Para Weber lo específicamente moderno es la organización racional-capitalista del trabajo formalmente libre. Pero esta misma organización exige a su vez un tipo de transferencia que lleve a maximizar el valor de uso del trabajo “formalmente libre”.

<sup>6</sup> Gérard Mairet, “L’Ethique Marchande” (1978), pp. 227-228. Si bien el dinero se convierte en el único objeto cuya utilidad marginal nunca parece llegar a cero, cuando esta utilidad marginal desciende por debajo del costo marginal del dinero significa que la relación tiempo-dinero se altera, o en otras palabras, que el sujeto opta por *su tiempo vs. su tiempo de inversión en dinero*. Cuando la utilidad marginal que el sujeto adjudica a una hora de ocio adicional es mayor que la utilidad marginal menos el costo marginal que adjudica a una hora adicional de trabajo productivo, de cierta forma rompe con la racionalización del tiempo que es propia de la transferencia-dinero.

deseo se transfiere erróneamente a la esfera económica de la vida social [...] de allí la ilusión de que los logros económicos tienen un valor intrínseco en sí mismo [...] estigmatizados con el deseo del crecimiento ilimitado. La noción seductora de que el crecimiento es el principio fundamental de todos los sistemas económicos proviene particularmente del dinero [...]. Como alter ego de todos los valores materiales [...] el dinero hizo que todos estos valores artificiales parecieran tener existencia independiente real [...], esto haría de la cultura materialista la forma dominante en todo el planeta, y convertiría la sociedad humana en una gigantesca corporación productora de dinero, tal como parece ocurrir en la actualidad”<sup>7</sup>.

Wilken postula que la transferencia-dinero crea la ilusión para enmascararse a sí misma: lo artificial asume la forma de lo natural y la maximización de ganancias se convierte en esencia humana. Esto ya tiene su precedente en el análisis de Marx respecto de su noción de fetichismo del dinero, en la teoría del valor planteada en *El Capital*. Allí desprende el fetichismo del dinero del fetichismo de la mercancía: la máxima cosificación de las relaciones humanas y la máxima subordinación del hombre a un producto creado por él. Marx capta la paradoja del dinero: “*Cualitativamente* o en cuanto a su forma, el dinero no conoce fronteras: es el representante general de la riqueza material, pues puede trocarse directamente en cualquier mercancía. Pero, al mismo tiempo, toda suma efectiva de dinero es *cuantitativamente* limitada, pues sólo posee poder adquisitivo dentro de límites concretos. Esta contradicción entre la limitación cuantitativa del dinero y su carácter cualitativamente ilimitado, empuja incesantemente al atesorador al tormento de Sísifo de la *acumulación*. Le ocurre como a los conquistadores del mundo, que con cada nuevo país sólo conquistan una nueva frontera”.

## **2. El dinero en la fase de la globalización financiera, el boom del crédito de consumo y el intercambio virtual**

Sin duda las disquisiciones previas nos permiten inferir el papel central que ocupa el dinero en nuestra vida cotidiana y en nuestro orden simbólico. No sólo porque diariamente lo ocupamos en operaciones que cubren todo el rango de nuestros gustos y necesidades, sino también porque racionalizamos nuestro tiempo en torno a nuestra productividad medida en dinero, y racionalizamos nuestras gratificaciones futuras respecto del dinero disponible; y porque fetichizamos el dinero al punto que lo damos por

---

<sup>7</sup> Folkert Wilken, *The Liberation of Capital* (1982), pp. 91-92.

hecho natural, nos sometemos a su lógica de circulación-acumulación, y solemos tomarlo como un fin en sí mismo; y porque nuestro bienestar depende en gran medida del acceso al dinero. Todo esto, a partir de algo que cuya cualidad fundamental es su vaciedad fundamental. El vacío del dinero nos llena la cabeza y los días.

Todo esto probablemente es consecuencia de un largo itinerario histórico que podemos resumir en los siguientes hitos. Primero, el paso del trueque en especies a las economías basadas en pagos en dinero, vale decir, la institucionalización de un denominador común contra el cual se valora y precia el conjunto de productos que se intercambian socialmente. Segundo, la invención y difusión del dinero en papel y su consecuente autonomía respecto del soporte material de la moneda, lo que implica un mayor tipo de abstracción y, por tanto, también un desarrollo mayor del uso del cálculo numérico en la inteligencia común. Tercero, la difusión de una cultura que exalta el individualismo y la iniciativa personal en el intercambio de bienes sociales que, junto al desarrollo del liberalismo económico, lleva a las personas a mayor autonomía respecto del manejo del dinero, su uso y su acumulación. Cuarto, la expansión de las economías modernas, donde el crecimiento se traduce también en un aumento sostenido de la masa monetaria y de su capitalización en manos privadas.

Pero eso no es todo. Las últimas dos décadas marcan nuevos hitos respecto del papel del dinero en nuestras vidas, exacerbando en la práctica la condición del dinero como vaciedad, o como una nada convertible en cualquier cosa. Quisiera destacar aquí tres de ellos que me parecen fundamentales, a saber: el auge de la globalización financiera, el *boom* del crédito de consumo y la aparición del “dinero electrónico”.

#### a) La globalización financiera

Hace ya tres décadas el crecimiento del sector financiero de la economía mundial se da a un ritmo muy superior del desarrollo de la economía productiva. En otras palabras, la masa monetaria crece mucho más que la producción de bienes y servicios. En años recientes, las transacciones anuales en los mercados de divisas superan hasta en más de cincuenta veces el valor del comercio internacional. ¿Locura o racionalidad? Quizás, la racionalidad de una locura.

El efecto combinado del desarrollo de la microelectrónica y la desregulación financiera a escala global permite la hipercirculación monetaria de manera instantánea y sin fronteras nacionales. Y dado que el flujo micro-



electrónico ocurre de manera instantánea a lo largo y ancho del mundo, los efectos en los desequilibrios son sentidos de manera inmediata en todas partes. No es casual que Wall Street cuente con el segundo sistema de información computarizada de mayor capacidad en el mundo.

¿Qué significa todo esto? Dado que los mercados financieros son especulativos y manejan un volumen de dinero que desborda fuertemente la economía “real”, y dado que están interconectados de manera instantánea y sin regulaciones internacionales, generan interdependencia y vulnerabilidad progresivas. La suerte económica de incalculable cantidad de personas, distribuidas en todos los puntos del planeta, puede depender para bien o para mal de acontecimientos financieros que ocurren en cualquier otro punto del globo y “carambolean” el valor de las acciones en todas partes. Un descalabro financiero en la bolsa de Corea puede producir efectos inmediatos de desvalorización de los ahorros en la clase media de Chile o de México, y efectos bastante rápidos de pérdida del empleo en trabajadores brasileiros o venezolanos. Los mercados son cada vez más sensibles, y se ven permeados cada vez más por efectos psicológicos que rebasan toda lógica económica, como son el pánico de los inversionistas o el entusiasmo de los apostadores. La interrelación es tan estrecha que “todos los mercados y todas las monedas están integrados en un mercado mundial de comunicaciones electrónicas que a su vez llega a “cada granja, isla y aldea del planeta [...]”. El dinero ha creado una economía mundial unificada que incluye el precio de la leche y los huevos en el mercado de Bandiagara al igual que el precio de las acciones de Sara Lee Foods o PepsiCo en la Bolsa de Nueva York”<sup>8</sup>.

El impacto de este nuevo estilo de interdependencia global no sólo afecta los comportamientos de agentes económicos (o de las personas en su exclusiva dimensión de agentes económicos), sino que permea la vida cotidiana, las conversaciones y la sensibilidad de tantos otros. Cultura del riesgo que va desde la apuesta en el mercado de valores hasta los paseos en alta velocidad; valoración de la contingencia presente sin proyección a largo plazo, desde la plata fácil hasta el colapso de las utopías. El doble signo de los nichos que se abren y cierran en el comercio mundial, y de las corridas hacia arriba y hacia abajo en los mercados financieros, son resortes y metáforas en otras esferas de la vida. Cada vez más pensamos en estrategias oportunas, manejo rápido de información, “jugadas” en lugar de “obras”. Lo financiero, que es la máxima abstracción, se hace concreto en la percepción de sus efectos. Lo concreto se enrarece a medida que recibe

---

<sup>8</sup> Jack Weatherford, *La Historia del Dinero* (1997), p. 27.

el impacto de la especulación del dinero, y también a medida que la economía real no necesariamente se refleja en la economía financiera. Cuanto más crece esta última, más se van convirtiendo en fines lo que estaba diseñado para ser medio o instrumento.

La insustancialidad propia del dinero se articula en sistemas intrincados de información y de transacción financieras. La microelectrónica “virtualiza” el intercambio, pero al mismo tiempo hace que lo abstracto (el dinero) circule 50 veces más que lo concreto (el comercio de productos). La complejidad se convierte no sólo en una palabra obligada para hacer referencia al intercambio financiero global, sino también para entender los desastres ecológicos, el estrés, la planificación estratégica, la tecnología y la vulnerabilidad de pueblos y personas frente a decisiones que no controlan ni conocen. La sensación cada vez más recurrente en la experiencia cotidiana, de que estamos expuestos a un destino que nadie controla, tiene su expresión paroxística en el movimiento de capitales, donde esa complejidad varía sus componentes en tiempos infinitesimales y exige, por lo mismo, ser reconstruida mentalmente a ese mismo ritmo. No hay mayor “caja negra” hoy para la comprensión humana, ni mayor pérdida de control sobre la complejidad en lo que se refiere a sus propias creaciones, que esta red de flujos, informaciones y conjeturas superpuestas donde son muchos millones de señales, y muchos miles de millones de dólares, los que diariamente circulan y cambian precios relativos, estados de ánimo y posiciones de los jugadores.

#### b) El *boom* del crédito de consumo

Otro fenómeno que crece exponencialmente en las últimas dos décadas es el crédito al consumo. Este crecimiento, asociado a la fuerza adquirida por el capital financiero en la economía, se desglosa en varios sentidos. En primer lugar, el “hábito” como también el “servicio” del crédito de consumo se expande fuertemente desde las economías industrializadas hacia la mayor parte de los países del mundo. En segundo lugar, crece en las economías familiares, en todas partes, la demanda de crédito y la incidencia del pago de créditos de consumo en los gastos familiares. Tercero, los créditos de consumo se expanden desde la clase alta y media hacia sectores medio-bajos y bajos. Cuarto, los créditos de consumo dejan de ser patrimonio exclusivo de instituciones financieras tradicionales y son operados por una gran diversidad de agentes, y en gran medida por casas comerciales.

A diferencia del crédito a la inversión y los créditos hipotecarios, en el crédito de consumo pagamos mayoritariamente lo que ya consumimos,

vale decir, lo que ya no está en nuestras manos, o bien lo que está hace ya tiempo y, por lo tanto, se ha depreciado monetariamente y ha perdido importancia en nuestras preferencias. No es sólo, pues, que diferimos al futuro un gasto realizado en el presente. Sino que diferimos al futuro una gratificación o satisfacción realizada hoy, y que muy probablemente se extingue mucho antes de terminar de pagarla (a diferencia de montar una fábrica o habitar una casa). Sea un viaje, un electrodoméstico, una operación o simplemente el uso de nuestra línea de crédito para gastos cotidianos. Ocurre aquí lo opuesto a los mecanismos consagrados de ahorro, como son los seguros de vida y de salud, los gastos educacionales y las pensiones, donde se difiere al futuro los beneficios de gastos presentes.

¿De qué manera esto trastrueca nuestra percepción del dinero? El crédito supone un juego en el tiempo, porque usamos hoy el dinero del futuro. Exacerba la vaciedad esencial propia del dinero: accedemos a él sin dar nada a cambio y lo traducimos en bienes que consumimos; y luego nos esclavizamos a él sin tener a cambio nada entre las manos; o teniéndolo en progresivo deterioro, sin que eso implique una reducción en las cuotas de pago, que suelen aumentar por su ajuste a la inflación y el pago de intereses. Entramos en un mercado de tiempos más que de bienes, donde algo tan incierto como el futuro adquiere materialidad en objetos que nos apropiamos en el presente. Doble insustancialidad: la del dinero, y la de su temporalidad. Sobre el presente prevalece una suerte de futuro anterior. Y la gratificación presente suele ser mucho más breve que el compromiso futuro.

El crédito de consumo es causa y consecuencia de una dimensión valorativa propia del capitalismo avanzado, pero también de la precariedad: en lugar de diferir el goce presente para el ahorro futuro, invertimos la ecuación y minimizamos los costos futuros en aras de la gratificación inmediata. En esto, claro está, concurren otros elementos como la publicidad, la incertidumbre respecto del futuro en un mundo de cambios acelerados, el metabolismo de los mercados en expansión y renovación continua de su oferta, el estímulo a un consumo de productos de obsolescencia acelerada y el hedonismo como valor de la modernidad.

Lo cierto es que esta forma de relacionarnos con el dinero no es inocua en nuestra existencia. Modifica nuestra percepción del tiempo, nos arroja a una extraña situación en que arrastramos un esfuerzo incesante de generación de ingresos en pago por lo que tal vez fue un goce fugaz, nos hacemos más consumidores sin ser más productivos o más ricos; y expandimos la gama de objetos con los cuales nos relacionamos posesivamente, pero a la vez sin poseerlos más que hipotecando el acto mismo de posesión.

Creamos la ilusión de acceder a las bondades del progreso y del mercado. Una ilusión eficaz, material, tangible. Pero ilusión en la medida en que dicho acceso es el espejismo de la riqueza, no la riqueza misma. Todos somos cenicientas por un día o un mes y volvemos a una realidad recrudescida por el contraste y también por las deudas. Una extraña sensación de vacío empieza a acumularse cuando a comienzos de mes hay que destinar parte del salario a pagar deudas cuyos beneficios se hacen cada vez más remotos en la conciencia del deudor. Nada más desalentador, en el largo plazo, que condenar el ahorro futuro a las fiestas del pasado.

### c) El intercambio virtual

Si la naturaleza misma del dinero le imprime el destino de su abstracción progresiva, nada mejor, como corolario de este destino, que la aparición del dinero virtual. Esa “nada eficaz” adquiere su expresión más cabal en la circulación microelectrónica del dinero y su primacía sobre la circulación “material” en billetes o cheques. Tarjetas de crédito o meras digitalizaciones en computadores de mesas de dinero, brokers, líneas aéreas (está, también ahora, el dinero-millaje que es otra abstracción), seguros, cajas de pensiones: la mayor parte de la masa monetaria que se desplaza en el mundo no tiene presencialidad ni sustancia.

¿Es posible pensar un estadio superior en la progresiva abstracción del dinero? Sintomáticamente, y tal como lo advertía Simmel hace ya un siglo, cuanto más abstracto y formal el dinero, más pesa en nuestra vida<sup>9</sup>. Máxima racionalización y máxima invisibilidad concurren al unísono. Y como además señalaba Simmel, esto también se traduce en mayor movilidad y libertad para los usuarios. Se nos libera de un sinnúmero de fastidiosas tareas administrativas, de buscar compradores para nuestros productos y oferentes para nuestros deseos, y nos abre otras tantas posibilidades de viajar, consumir, adquirir, habitar y usar.

La virtualización del dinero rompe toda necesidad de proximidad o presencialidad en la mayoría de las operaciones monetarias, incluso de la vida cotidiana. Esto supone una vaciedad adicional, a saber, la de la distancia. No hay “nada” entre un operador de bolsa en Japón y un agente inmobiliario en Los Angeles cuando el primero coloca dinero de sus clientes (que también pueden estar en cualquiera otra parte) en la compra de tierras en Minnesota, por poner un ejemplo. No hay nada, tampoco, entre el cajero automático que usamos y el banco contra el cual retiramos dinero. Ni entre

---

<sup>9</sup> Véase Georg Simmel, *The Philosophy of Money* (1990).

un teatro en Nueva York y las entradas que compro por Internet desde mi casa. Todo se comprime a la instantaneidad y proximidad absoluta. Categorías básicas para aprehender la realidad, como son el espacio y el tiempo, se despiden de nosotros en estas operaciones (aunque obviamente no en nuestros movimientos reales).

Otro cambio tiene que ver con la confianza. Una gran cantidad de estas operaciones se hacen sin certificación y en el entendido de que nadie va a faltar a un compromiso que es sólo de palabra o de señales digitalizadas. Sin confianza, gran parte de las operaciones electrónicas no serían posible. Entregamos nuestro número de tarjeta de crédito a vendedores que no conocemos, y otros mueven nuestro dinero con un mínimo gesto de dedos en la computadora de nuestra parte. A mayor abstracción y complejidad, más necesaria es esta confianza por parte de todos los que ingresan en el intercambio. Curiosamente, en un momento donde precisamente la complejidad infunde temor e inseguridad en tanta gente.

### 3. ¿Qué hacer con el dinero?

Quisiera finalizar con algunas propuestas respecto de qué hacer con el dinero. Obviamente, no se trata de consejos para los negocios ni políticas económicas. Me refiero más bien a la pregunta ética que surge de la dimensión que el dinero adquiere en nuestra vida personal. Dado el conjunto de consideraciones precedentes, de cómo he definido el dinero a partir de su insustancialidad y el lugar que ha ido adquiriendo en nuestra subjetividad, me interesa deducir unos pocos preceptos. Estos no pretenden fundar una ética imperativa ni aspirar a validez universal. Se trata, más bien, de compartir con otros lo que infiero de estas reflexiones: una ética menor que construyo para mi propia vida y proyecto a un auditorio imaginario, y que tiene por objeto moverse en un mundo donde el dinero es parte de nosotros, pero que tanto mejor podemos relacionarnos con él si lo mantenemos sólo como parte de nosotros.

- **Siempre tomar el dinero como un instrumento, nunca como un fin.** Esto implica no proponerse metas de acumulación dineraria que no respondan a la prefiguración de objetos y acciones que realmente anhelamos. Convertir los instrumentos en fines es replicar la jaula de hierro que Max Weber diagnosticó para la modernidad: primacía de la razón formal sobre los fines. Si hacemos del dinero el fin, estaremos privilegiando en nuestra vida la cantidad sobre la calidad, lo abstracto sobre lo concreto, el cálculo sobre el goce. De esta vida

nos vamos como llegamos, y el atesoramiento sin fin u objeto sólo despertará en nosotros sentimientos que nos harán menos felices: la codicia, la envidia, la avaricia y el gusto por el poder.

- **No olvidar la insustancialidad propia del dinero.** De lo contrario es fácil fetichizarlo y erguirlo en fundamento. Si lo hacemos, sacrificamos parte de nuestra autonomía y subordinamos otros valores al valor del dinero, como son la amistad, el amor y la comunicación. Se trata de desarrollar el arte de manejar el vacío sin sucumbir a su seducción. No porque la seducción sea reproachable, sino porque tras esta seducción sólo hay... más vacío. No por nada, el dinero exacerbaba un cierto sentimiento de vaciedad. No significa que el dinero sea intrínsecamente perverso, sino que transmite su vaciedad esencial a quien lo manipula como si fuese sustancial.
- **No olvidar que el dinero no es parte de la naturaleza sino una convención/construcción histórica.** Esto es obvio en la reflexión, pero en nuestra vida cotidiana operamos como si el dinero fuese parte de un orden natural. Hacer del dinero una segunda religión es perder lo mejor que hemos logrado de la secularización moderna: la autonomía de espíritu y la libertad respecto de otras postraciones. Cuanto más podamos mantener esta relación externa con el dinero, más soberanos seremos en nuestro vínculo con él y menos nos rendiremos ante un ídolo que nosotros mismos creamos. Tal vez un buen contrapeso sea religarnos con más fuerza a la naturaleza, re-estetizar el entorno natural, salir a caminar por los bosques, trepar cerros o hundir los pies en la arena. Que la conexión presencial con la naturaleza vuelva a colocar las invenciones humanas en su justo lugar.
- **No imprimir sentido a las cosas en función de su valor en dinero.** Esta prescripción puede parecer también obvia, pero lo cierto es que el intercambio en dinero, que constituye una de nuestras prácticas sociales básicas y cotidianas, condiciona a sustituir sentido por valor, y valor por precio. Recordemos que el dinero es “una nada convertible en cualquier cosa”, y como medio de cambio, ordena el mundo en función de las posibles metamorfosis de esa nada en objetos. Desde un mismo punto de vista fenomenológico, el ser humano afirma su humanidad imprimiendo sentido a su entorno: no es “nada” hasta que se vincula intencionalmente con su entorno inmediato y mediato. El ejercicio es análogo, y confundirlos es fácil: dos vacíos que se colman proyectándose. Por lo mismo, diferenciar sentido de valor, y valor de precio, es un tercer ejercicio que conviene practicar a diario.

- **No inmolar nuestro tiempo en el fuego del dinero.** La vida suele ponernos en la encrucijada entre más dinero o más tiempo disponible para nosotros. Tanto porque hacer dinero consume tiempo, como también porque el crédito hipoteca nuestro tiempo futuro. Solemos valorar más el tiempo que el dinero al comienzo y al final de nuestra vida productiva, pero no en su trayectoria. Y lamentablemente, en esa trayectoria se van nuestros mejores años. Creemos que somos nosotros quienes domamos la relación tiempo-dinero, pero por lo general es el dinero quien racionaliza nuestra relación con el tiempo. Y esta racionalización del tiempo implica suprimir su ritmo natural en nosotros, o nuestro propio ritmo. En el camino, se impone exógenamente un sentido del tiempo que equivocadamente redefinimos como propio. Y llegado el punto en que queremos revertirlo, descubrimos que las pausas nos impacientan y el tiempo libre se nos hace anárquico. Entonces, para recuperar el tiempo perdido habrá que empezar por recobrar el *tempo* perdido.
- **Usar el excedente de dinero para adquirir más tiempo y más libertad, y no expandir inercialmente la gama de bienes como destino de ese excedente.** Este precepto es la contraparte positiva del anterior. Como ya se ha dicho, el mercado tiende a construir sobre nosotros necesidades crecientes para abrir públicos cautivos a nuevos bienes y servicios, y también a nuevas inversiones para capitalizar el dinero acumulado. Lo ideal es regular en nosotros esta incorporación de nuevos satisfactores y oportunidades, preguntándonos no sólo para qué nos sirven, sino también si contribuyen a nuestro tiempo y nuestra libertad. Nada hay de malo en aprovechar el dinero, y la facilidad cada vez mayor de su circulación e inversión, para ahorrarnos tiempo en salir a buscarlo, usarlo o expandirlo. Pero no porque se abra una oportunidad tenemos que aprovecharla. Ése es el peligro: confundir oportunidades con necesidades. Hay que desarrollar el arte de descartar opciones, dejarlas pasar, y más bien concentrarse en aquellas que nos facilitan la vida que realmente queremos.
- **Mantenerse en un temple anímico que ni se refugie en la represión del deseo, ni subordine el deseo a los objetos.** Manejarse en un entorno poblado de objetos y de publicidad que los promueve, sin sucumbir a los nuevos ídolos del consumo, no nos obliga a la autocontención calvinista. Para conjurar las tentaciones del dinero sobran consejos moralistas que nos recomiendan reprimir deseos. No es necesario llegar a este punto para manejar el dinero a la

medida de nuestra felicidad o nuestra virtud. Sugiero, más bien, un estoicismo moderado, un hedonismo no centrado en el consumo pero que sí puede recurrir a objetos de consumo manteniendo relativa independencia, y un eudemonismo conectado con nuestras aspiraciones más esenciales.

- **Nunca dejar de ejercer el don de dar.** La fuerza inercial del dinero inhibe la vocación del don de dar y regalar. Nos hace aprehensivos y contenciosos incluso frente a nuestros afectos. Dar y regalar siempre se revierten positivamente sobre nuestro ánimo, aunque impliquen menor acumulación de dinero. La desaprehensión y el desapego con el dinero también nos regalan mayor desapego y desaprehensión frente al dolor emocional que la vida nos pone en el camino. Dar es bueno, incluso derrochar puede serlo, porque forja un espíritu dispuesto a limpiar sus heridas. La historia del mundo está poblada de culturas donde el derroche y la fiesta formaban parte esencial del orden simbólico y abrían los espacios para la reconciliación y para relacionarse más allá de la mera racionalidad productiva.
- **No sobrevalorar la dimensión especulativa del dinero.** La idea de “plata fácil” en los mercados accionarios, la especulación inmobiliaria y la rápida capitalización del dinero hoy día tienta a todos. No hay que olvidar, sin embargo, que el dinero tiene un carácter distributivo, y es posible que si duplicamos nuestra fortuna de un día para otro, alguien que no conocemos puede perder la mitad de sus ahorros también de un día para otro. La “plata fácil” erosiona el sentido de solidaridad y de ecuanimidad. Posiblemente, y sin darnos cuenta, nos hacemos menos íntegros si nos jugamos por la especulación dineraria.
- **Restringir la vulnerabilidad y volatilidad en el manejo del dinero a situaciones manejables.** Esto no es fácil dada la complejidad creciente del sistema económico mundial. Pero no todas las actividades económicas tienen el mismo nivel de imprevisibilidad y volatilidad. A mayor carga especulativa en nuestra inversión de dinero, más volátiles sus resultados, y más dependientes somos de situaciones que nos rebasan y que no podemos prever. Esta situación no sólo nos hace vulnerables en nuestra relación con el dinero, sino que afecta también otros ámbitos de nuestra vida. A mayor vulnerabilidad, mayor ansiedad. Casi sin darnos cuenta, todo nuestro ser se va impregnando de pensamientos obsesivos y catastrofistas. La mesa de dinero se nos cuela en el ánimo y siembra allí una adrenalina que nos crispa la sangre. Incluso aunque tengamos un golpe de suerte en



las apuestas, éste sólo confirma nuestra dependencia respecto de las especulaciones de los demás. La heteronomía del espíritu crece junto con la volatilidad de nuestro dinero. La salud del espíritu nos pide que apostemos menos y que pongamos nuestro excedente en aquello más significativo para nuestra propia vida.

El dinero no es ni bueno ni malo. Capitalizarlo implica, antes que multiplicarlo, usarlo y no ser sometido por su adicción. Como decía Montaigne: “Y en cuanto os acostumbráis y plantáis vuestro pensamiento en cierto montón de dinero, deja de estar a vuestro servicio: no osaréis ya mermarlo. Se os aparece como un edificio que se vendrá todo abajo si lo tocáis... Vamos siempre engordando el montón y aumentándolo de una cantidad a otra hasta privarnos vilmente del goce de nuestros propios bienes centrando todo en conservarlo sin tocar una perra”.

#### REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- De Sismondi, Simone. *Economía Política*. Trad. de Mercedes Paredes Larrucea. Alianza Editorial, 1969.
- Mairet, Gérard. “L’Ethique Marchande”. En François Chatelet, *Historie des Ideologies*. París: Hachete, 1978.
- Marx, Carlos. *El Capital*. Tomo I. Trad. de Wenceslao Roces. México: Fondo de Cultura Económica, quinta edición, 1968.
- Morrison Leclerc, Juan. *Evolución del Concepto del Dinero*. Santiago: Editorial Jurídica de Chile, 1950.
- Simmel, Georg. *The Philosophy of Money*. Trad. al inglés de T. Bottomore y D. Frisby. Londres y Nueva York: Routledge 1990.
- Weatherford, Jack. *La Historia del Dinero*. Trad. de Jaime Collyer. Santiago: Edit. Andrés Bello, 1997.
- Weber, Max. *La Ética Protestante y el Espíritu del Capitalismo*. Trad. de L. Legaz Lacambra. Barcelona: Edic. Península, 1979.
- Wilken, Folkert. *The Liberation of Capital*. Trad. al inglés de D. Green. Londres: George Allen y Unwin, 1982. □